

# Arte y Letras

## El Centenario de Edgar Allen Poe. --Conmovedores detalles ínti- mos de su vida.--América y sus grandes hombres

(Del "Pearson's Magazine")

**A**MERICA no ha aprendido todavía a honrar debidamente a sus grandes hombres. Quizás la nación es demasiado joven aun, como dijo un orador hace casi un siglo al inaugurarse el monumento a Washington. Se echa de menos el corazón en la estima de América por sus héroes. Washington, el padre de la patria, reverenciado ahora por todos, tuvo que esperar mucho para que se le erigiese un monumento nacional. Y lo que pasó con este monumento de Washington fue realmente escandaloso. Se ha olvidado ya todo, pero si registramos los archivos, según se conservan en el «Messenger» de Boston, de 1818 a 1910, nos sorprenderemos de ver cómo la viuda de Washington había recibido solicitudes de la nación para que permitiese que los restos de su marido fuesen enterrados bajo un monumento digno de su memoria, en tanto que los fondos recolectados para este monumento habían desaparecido misteriosamente. El Estado de Virginia se cansó al fin de la lenta marcha de este asunto del monumento y le pidió a la viuda que cancelara su compromiso con el Gobierno nacional y concediese al Estado de Virginia el permiso necesario para enterrar a Washington en Alexandria. Hubo vergonzosas revelaciones, grandes nombres deshonrados, y transecurrieron cerca de veinte años para que el monumento a Washington fuese una realidad.

Los centenarios americanos de grandes hombres son siempre grandes fracasos. Hemos presenciado algunos este año. Hubo el

de Lowell. La nación no concurrió a éste. Unos cuantos académicos tomaron el asunto a su cargo, llamaron a un gran inglés, Mr. Galsworthy, para que viniera a hablar en los banquetes, y varias columnas de nuestros periódicos enteraron al país de que acababa de rendir homenaje a uno de sus más grandes genios literarios. El pobre Walt Whitman, que tuvo también su centenario, lo pasó peor, ya que todavía no ha obtenido la sanción de ciertos apolillados profesores y líderes sociales de América. Una visita a su tumba en Camden, New Jersey, el día 31 de Mayo, demostró, muy tristemente, que la nación no había tenido nada que ver con la celebración Whitman. Una solitaria corona había sido colocada en su tumba por la sociedad «English Speaking Union», de la que William H. Taft es presidente aquí y A. J. Balfour en Inglaterra. Un visitante ensalzó fervidamente el valor comercial de los libros de Walt Whitman... ¡Digno tema de meditación para el primer centenario del nacimiento de Walt Whitman!

Tan trágica, aunque igualmente humorística, es la historia del aniversario de Poe, en el Estado de New York. Es una historia típicamente americana. Se trabaron vergonzosas discusiones acerca del ingreso de Poe en el «Palacio de la Fama», de New York, peleándose en las columnas de los periódicos diarios en pro y en contra «del derecho de Poe a figurar entre los inmortales de los Estados Unidos». Grandes influencias comenzaron a gestionar en la Legislatura del Estado la concesión de una suma de dinero suficiente para la erección de un monumento adecuado. Se concedió la suma de cien mil dólares. Si uno va hoy hasta el llamado Parque de Poe—el nombre nunca se hizo popular y el parque sigue llamándose todavía, como antes, Parque de Fordham—no tardará en penetrarse de que hubo otras razones, ajenas por completo a la reverencia hacia el poeta muerto, para

que la Legislatura se decidiese a votar una suma considerable de dinero.

Poe vivió en más de media docena de casas en New York. Todas estas casas existían hace diez años y hubieran podido escogerse para un homenaje a Poe con tanta facilidad como la casita de campo de Fordham. Pero contaré la historia de lo que pasó y dejaré al lector que haga las deducciones del caso por su cuenta.

Nos remontaremos a la primavera de 1846.

Poe había tenido ya sus decepciones y penalidades, pero todavía luchaba, esperaba, y abrigaba la ilusión de un porvenir más feliz.

Un contrato que hizo con el editor de un magazine aumentó mucho la circulación de éste, desde que Poe empezó a publicar en él su serie de estudios biográficos de escritores contemporáneos. Hubo un señor a quien Poe no trató en términos de alabanza; un médico joven, poeta y novelista, llamado Thomas Dunn English. Poe habló francamente en el magazine de lo que él pensaba acerca de las poesías y novelas del joven médico. Esto sublevó a Mr. English, quien arrendó una columna en el «Mirror» y replicó a Poe, a quien acusó en seguida de borracho, de mala paga, de tahur, falsificador, etc. Entonces los editores del magazine demandaron al doctor por libelo, ganaron el pleito, y, por primera vez en su vida, Poe recibió una suma grande de dinero. Sus editores le entregaron \$ 225, como la parte que le correspondía en los daños.

Poe no sabía lo que era el valor del dinero. Cuando se vió con \$225 en el bolsillo se creyó todo un millonario. Sus penalidades y miserias le parecieron que habían ya tenido fin. Ahora se sentía cerca de la realización de sus más caras esperanzas y dorados ensueños. Dejaría de vivir para siempre en casa de huéspedes. Pondría casa propia, rodearía de toda clase de comodidades a su esposa enferma, sacudiría para siempre la enojosa tarea de escribir para los magazines y se dedicaría exclusivamente a sus cuentos misteriosos y a sus versos. Siempre había acariciado la idea de un nuevo magazine, de un magazine de que él habría de ser dueño exclusivo. Y ahora se preparaba a dar forma y realidad a estos proyectos. Un bello día de Abril, Poe echó pie a tierra en la estación de Kingsbridge, que entonces quedaba fuera de la ciudad, y se internó en el campo en busca de una casa. Frente a la estación del ferrocarril, descubrió un pequeño huerto de manzanos

en el esplendor de sus primeras flores. Poe quedó cautivado por la plácida belleza del lugar. Pronto descubrió un pequeño molino en medio del huerto y un delgado arroyuelo que murmuraba musicalmente a través de este inesperado rincón de vida serena, y que, incidentalmente, suplía al molino de la necesaria fuerza. El nos refiere en uno de sus cuentos cómo permaneció allí durante horas y horas, perdido en sus meditaciones, contento hasta el fondo de su sér, casi privado de todo deseo. Nunca había soñado él que hubiese tanta belleza cerca de la empolvada y árida New York. De repente recordó el designio que le había llevado. Y echó a andar. Y justamente la primera casita que encontró al paso—colindante con la huerta de manzanos—en el sitio que hoy hace esquina entre la Calle 119 y Kingsbridge Road—ostentaba el llamativo rótulo «Se alquila». Era una casa de un piso, con una habitación grande abajo y un par de cuartos en el piso alto. Las pequeñas ventanas en todos lados permitían abarcar la hermosa vista del río. El arroyuelo parecía correr bajo las mismas ventanas y la fragancia de las flores de manzano perfumaba el aire.

Poe preguntó el precio de esta casita. Se le dijo que solamente costaba cinco dólares mensuales, y el trato quedó hecho. Parte del dinero restante lo invirtió en la compra de muebles; escribió a su suegra, que vivía en Filadelfia, para que viniese, y pocas semanas después estaban todos instalados en la nueva casa. Virginia, su esposa, era muy joven. El se había casado con ella cuando sólo tenía 14 años. Siempre había estado delicada de salud, pero ahora todo parecía sonreírles. Poe tenía ya la casa con que había soñado. Virginia tenía aire fresco y sol, y había dinero bastante para no temerle al futuro, al menos durante unos cuantos meses. El siempre había soñado con una vida retirada. No era el dinero lo que le atraía, sino la independencia. Acosar a los editores y publicistas le era penoso y sólo lo hacía cuando lo obligaba la necesidad. Sus biógrafos nos dan un relato asombrosamente minucioso de sus ingresos y gastos mientras vivió en la casita de Fordham. Sus viajes al pueblo eran patéticos. Frecuentes veces tenía que caminar a pie una distancia de 119 manzanas, sólo para volver con los bolsillos vacíos. Mamá Clemm, su suegra, solía esperar su regreso en el espacioso porche de la casita, con la puerta que daba a la sala abierta de par en par, y adentro Virginia, acostada en un sofá; todos esperando ansiosa-

mente las buenas nuevas que el querido «Eddie» había de traer de la ciudad. Muchas veces ocurrió lo de regresar sin nada, con la casa completamente vacía de comestibles, sin ningún paquete en la mano que anunciara alguna golosina; pero siempre había en sus labios una sonrisa de bondad, y siempre también era acogido por Mrs. Clemm con frases de buen humor, y nunca le faltaban al llegar las demostraciones afectuosas de la dulce Virginia, que siempre tuvo fe en su poeta y marido. ¡Cuántas veces, después de haber esperado todos en vano que regresara con algo para comer, él se sentaba a leerles sus versos y les hablaba de sus esperanzas y sueños y así las entretenía hasta la hora de irse a dormir.

Murió Virginia. Poe tuvo uno de sus más terribles accesos de melancolía y de meditaciones siniestras. Pero siempre se mantuvo activo, lleno de planes para el futuro. La aventura del magazine volvía a llenarle la fantasía. Por fin resolvió salir a hacer una gira de conferencias para conseguir suscritores y fondos para su empresa. En Julio de 1849 dejó la casita de Fordham y emprendió el viaje de donde nunca más había de regresar. Murió en Baltimore. El doctor Morton, el médico que le asistió en su última hora, el que le había gestionado el ingreso en el hospital de Baltimore donde expiró, nos dijo que Poe había sido víctima de una fiebre reinante entonces, con carácter epidémico, en los estados del Sur. El mismo doctor Morton nos cuenta, con palabras sencillas y por consiguiente conmovedoras, cómo Poe murió con el nombre de su adorada Virginia en los labios. La historia de su entierro es verdaderamente dolorosa. Una colecta entre los estudiantes de Medicina de Baltimore sirvió para pagarle al carpintero que hizo el tosco ataúd. La señora del doctor Morton cosió el forro del ataúd. El doctor Morton contribuyó con unos pantalones, otro médico con un chaleco, un estudiante con un frac, y así, pieza a pieza, fue vestido por la caridad pública el cadáver del hombre inmenso que bajaba a la tumba.

Inmediatamente después de su muerte, se desencadenó contra su memoria una ola de las más sucias calumnias. Rufus Criswold, su biógrafo, inmortalizó su nombre con las groseras calumnias que acumuló sobre el poeta muerto y todavía hoy los espíritus nobles que se sienten llamados a emitir juicio sobre los genios de América tienen que discurrir acerca del número de «tragos» que Poe se bebió durante su vida.

En los comienzos de 1850, Francia, Ingla-

terra y Alemania colocaron a Poe en el rango de los más grandes escritores del mundo. Una escuela de discípulos e imitadores suyos surgió en París. Baudelaire consagró doce años de su vida a la traducción de las obras de Poe al francés. Swinburne en Inglaterra le consagró las más cálidas alabanzas. Pero América no comprendía aún la obra de Poe lo suficiente para permitir su entrada en aquel ridículo «Palacio de la Fama» (Hall of Fame) de New York, al otro lado del río, lejos del corazón de la ciudad, lo mismo que del corazón del pueblo, el mismo en que hace sólo un mes el busto de Whitman encontró que le negaban cabida.

La casita de campo de Poe, el único hogar de Poe en este mundo, el lugar donde había amado, vivido, soñado y pasado hambres durante tres años, fue el escogido por la Legislatura del Estado para convertirlo en el monumento nacional dedicado a la gloria de Poe. Un clérigo había adquirido el título de la propiedad. La casita había sido construida en 1797, con buenos materiales, y a causa de haber sido ocupada constantemente en los últimos cien años, permanecía en bastante buen estado. Su valor, incluyendo el solar, podía calcularse en unos mil quinientos dólares, tasándola muy alta. El buen clérigo, tan pronto como leyó acerca de la proyectada ley para comprar la quinta, se apresuró a subirla al precio a diez mil dólares. No hay que decir que obtuvo el dinero. Entonces el Estado adquirió lo que hoy se denomina Fordham Park, incluyendo la huerta y el arroyuelo. Se consultó a los arquitectos y se hicieron los planes para un parque público en el mismo sitio. Lo más natural habría sido el trasladar la quinta de Poe al medio de la huerta, junto al plateado arroyuelo, coleccionar todas las reliquias de Poe y establecer allí un santuario nacional donde los jóvenes estudiantes pudieran venir a rendir su tributo a la memoria del gran poeta. No era posible encontrar ningún sitio más romántico en toda América que el de la pequeña quinta, donde el amor había anidado, donde el poeta de «Annabel Lee» había consagrado su vida toda a su único amor, a su Virginia, a quien él había cantado en muchos poemas recitados diariamente por millones de niños en todas las escuelas del país.

Pero ¿qué hizo la Legislatura del Estado? Los manzanos fueron arrancados, el arroyuelo fue cegado y se trazó en su lugar el plano de un parque feísimo. Allí está. El lugar más caliente en toda la vecindad du-

rante el verano y un verdadero pozo en el invierno. No tiene un sólo árbol que sombree la yerba: la quintita, trasladada de su sitio de origen, ha perdido todo su encanto. En la planta baja han abierto un sótano, le han puesto un cuarto de baño, gas y luz eléctrica en cada habitación... pero no queda allí nada que le hable a uno de Poe. Por supuesto, hay las mismas ventanas que él abría y cerraba, los mismos pisos que él solía pasear en sus noches de insomnio y la misma puerta de la sala por donde entraba y salía. El guardador de este monumento nacional vive allí con su familia. Es un puesto político el de guardián de la quinta de Poe. Yo no descubro otra razón para destruir el huerto, el molino, los viejos árboles y toda la adorable escenografía que había encantado a Poe, que la de adjudicar el contrato para esta obra a algún contratista con influencia política.

Cien mil dólares se han gastado en este homenaje a Poe. El Estado está orgulloso de haber gastado tan grande suma de dinero por la memoria del poeta. Pero el corazón de América no ha llegado allí. La casa donde el amor había hecho su nido está vacía y helada. Usted, lector, debe traer amor y reverencia a esta casa cuando la visite. Usted debe cerrar sus ojos y pensar en Poe, en su esposa niña, en el amor y la miseria de que estas paredes han sido testigos... y usted saldrá seguramente con el corazón oprimido al descubrir que hay pueblos que tienen gran amor por los dólares, pero no por sus grandes hombres.

“La quinta fue ocupada hasta que llegó Poe por un cochero de nombre A. Stewart. Este pagaba diez y ocho dólares al mes de alquiler, y los pagaba con regularidad; Poe tenía que pagar cien dólares al mes, y los pagaba con irregularidad.”

He aquí una de las sentencias que se suelen oír en labios de los fieles guardianes de la quinta Poe cuando alguien la visita...

## Una Entente Intelectual entre Inglaterra y los Estados Unidos

Muchos escritores ingleses y americanos están tratando ahora de encontrar la fórmula mejor para una Entente entre las naciones de habla inglesa, pero no una Entente política, sino intelectual. Alguien propone un intercambio de directores de periódico entre Inglaterra y Estados Unidos. Otros

creen en la eficacia del sistema de conferencias en ambos países, organizado de modo que la voz de los grandes escritores se haga oír en el seno del pueblo. No hace mucho figuras tan conocidas en el mundo de las letras inglesas como Jhon Masefield, Alfred Noyes, Cecil Chesterton, Ian Hay, John Galsworthy y Laurence Housman han visitado las ciudades más importantes de Estados Unidos y casi todos dieron conferencias que resultaron muy concurridas.

Sin embargo, todo esfuerzo ha sido hasta ahora inútil para lograr que Bernard Shaw, la figura literaria de más prominencia de la Gran Bretaña, se decida a cruzar el Atlántico para venir a dejarse oír entre los americanos. Cuando se le pidió su opinión a Shaw acerca de la proyectada Entente intelectual, manifestó: “La única receta que se me ocurre para Ententes artificiales de todas clases es la de una cucharada de embastes administrada dos veces al día en los principales periódicos.”

Otro escritor, Hugh Walpole, ha propuesto que se organice un club, que él designará con el nombre de «Club de Hospitalidad», y que todo libro, artículo o pieza teatral que adquiriera derechos de propiedad en cualquiera de los dos países se considere «ipso facto» con iguales derechos en el otro.

Mr. Maurice Hewlett ha tratado el asunto en una carta que merece ser reproducida íntegramente.

“Querido señor:

“De acuerdo con mis ideas, creo que hace tiempo, que hace mucho tiempo, que la humanidad está despertando a la noción de que todos los hombres son en realidad de una misma familia, de común origen, comunes derechos, comunes deberes y de inmortalidad (tal como la entiende la mayor parte de los hombres) común. El lazo entre Inglaterra y América es todavía más estrecho, pero, precisamente por esto, sólo puede ser afianzado más, desde un punto de vista moral, mediante un conocimiento más directo de ambos pueblos.

“No puedo dar con la causa del alejamiento de ambos países, a menos que no consista en el hecho de que en la naturaleza del tronco racial de que ambos descienden existe un gran temor hacia todo lo que significa autoexpresión. Todo cuanto en Inglaterra nos inspira más amor es precisamente lo que tratamos siempre de esconder bajo siete llaves. Creo, sin

embargo, que los ingleses están mucho más conscientes de su parentesco con los americanos, que los americanos con respecto a los ingleses.

“Y otra cosa que me parece no advertimos los americanos es que nosotros consideramos que la acción más inglesa que jamás hicieron los americanos fue el rebelarse contra la tiranía del rey inglés y del parlamento de 1775. Por lo tanto, no existe el más ligero fundamento para creer que la guerra de la independencia sea todavía un obstáculo a nuestra amistad. Todo el mundo aquí estima que los americanos no hubieran podido hacer otra cosa que lo que hicieron y que en aquella lucha por su libertad la mejor causa fue llevada a la victoria por los mejores hombres.

“No veo cómo el asunto de la Entente que usted propugna tan ardorosamente pueda contar con un arma más eficaz de propaganda y de éxito que la de la enseñanza de la historia llevada a cabo inteligentemente en estos momentos. Fuera de la Educación, no veo manera de adelantar en el camino que usted ha emprendido. Como dije al principio, los ingleses son tímidos para expresar sus sentimientos. La retórica está reñida con nuestro temperamento. La enseñanza y un intercurso más íntimo son la mejor esperanza en el porvenir.

“Suyo sinceramente,

“MAURICE HEYLIETT.”

Mr. Gilbert Sarnan, por su parte, ha manifestado que la verdadera unidad socialmente puede establecerse por medio del teatro. Y por último, Mr. Ervine, autor del drama «Jhon Ferguson», que ha alcanzado tal éxito en New York en la actual temporada, manifiesta:

“El doctor Johnson, que estaba tan lamentablemente equivocado acerca de América, pero tan valientemente acertado acerca de Irlanda, decía que los jóvenes tienen más virtud que los viejos, que en todos respectos hay en aquellos más instintos generosos que en éstos. Muy bien, pues. Lo que se ha de hacer es bien sencillo. Envíen sus jóvenes aquí para completar su educación y dénnos oportunidad a nosotros de enviarles a los nuestros para terminar la suya. Cuanto a los viejos, grufones y reaccionarios, que queden con Dios. Me propongo ir a América en Enero de 1920 y entonces hablaremos más largamente.”

## Un poeta del primer Imperio

Nueva obra de Sacha Guitry.—Curiosa vida de Beranger

Cuando se termine la serie de representaciones de su último drama, Sacha Guitry continuará dedicándose a las biografías dramatizadas que con tanto éxito inauguró hace años en La Fontaine, al que siguieron Deburau y Pasteur. Su próximo héroe será Béranger, cuyas canciones hicieron su nombre tan popular en Francia.

Pierre Jean de Béranger nació en París, en el número 50, Rue Montorgueil, donde todavía quedan algunas casas de aquel tiempo, y donde su abuelo tenía establecida su sastrería.

Un día, siendo todavía un arrapiezo de unos nueve años, se sintió arrastrado por una multitud que bajaba por el Faubourg St. Antoine gritando y gesticulando. Al muchacho le pareció aquel tumulto de perlas, sobre todo, cuando al llegar a la plaza de la Bastilla pudo ver cómo las grandes puertas de hierro del sinistro edificio eran derribadas por la multitud. Este magnífico triunfo del pueblo hizo una impresión imborrable en él y el pequeño Béranger ya no se olvidó más del 14 de Julio de 1792. De aquella fecha data su ardor patriótico.

Béranger ingresó poco después en el Instituto Patriótico fundado en Peronne por un miembro de la Asamblea Legislativa llamado Ballue de Bellauglise, que siendo un sincero revolucionario se desvivía por propagar las doctrinas de la revolución en todas las escuelas de Francia. Los niños de aquella época estaban obligados a componer y a recitar discursos, escribían cartas a Tallien o a Robespierre y se les alentaba a que dieran sus opiniones sobre los asuntos públicos del día. La tía de Béranger, que era quien tenía a su cargo al muchacho, estaba muy disgustada con estos procedimientos, pero no se atrevía a sacarlo del establecimiento por temor de que el partido revolucionario del pueblo la pusiera en la lista de «sospechosos». Por fin un tipógrafo le propuso tomar al muchacho de aprendiz y así logró sacarlo de lo que ella consideraba «funesta influencia de las doctrinas anarquistas de Mr. Ballue de Bellauglise».

El tipógrafo descubrió pronto que su aprendiz era muy despejado y que tenía verdadera pasión por la lectura. Y esto le resolvió a cuidarse más de su educación. El tipógrafo estaba a la sazón componiendo una edición de André Chénier y la lectura

de este poeta fué la que despertó el numen de Béranger, que compuso entonces sus primeros versos. Su maestro—que era hombre de algunas letras—quedó encantado con sus rimas y se dedicó entonces a enseñarle lo que sabía de Retórica francesa.

Aquello decidió de la vocación de Béranger. A su regreso a París su padre, que gozaba entonces de gran prosperidad, le preguntó qué era lo que pensaba ser. “Yo pienso ser poeta,” replicó Béranger, quien desde entonces seguía con gran interés todos los acontecimientos teatrales para ir enterándose de las reglas de arte. Estando en Peronne había conocido a Lisette, y su amor por esta muchacha le inspiró muchas de sus más tiernas canciones. En aquella época Béranger trabajaba fuertemente. La vida disipada que hacían los miembros del Directorio le suministraba tema inagotable para dispararles en verso las más punzantes diatribas. Durante cierto tiempo vaciló indeciso entre las varias formas de expresión literaria, pero por fin se decidió a adoptar resueltamente la «chanson» como la forma más adecuada a sus talentos.

Pronto Béranger se encontró en circunstancias económicas muy críticas. La fortuna de sus padres había llegado a su límite y el joven Béranger se encontró de golpe y porrazo sumido en las lobrequeces de la miseria. Pero rico de ilusiones juveniles, Béranger comenzó a cantar y a reirse de su situación. “Y de allí en adelante toda la historia de su vida está contenida en sus canciones,”—dice un crítico de la época,—quien añade sentenciosamente: “Durarán estas canciones mucho más que si fueran medallas de bronce.”

Fué en una vieja bohardilla que sus más famosos cantos—«La Gaudriole», «Mon Vieil Habit» «Les Gueux» y «Le Grenier»—fueron cantados por la primera vez por Lisette.

Un día Béranger, acosado ferozmente por sus acreedores, perdió la paciencia y resolvió poner en práctica un recurso heroico. Recogió toda su obra poética más saliente, la metió en un sobre y se la dirigió a Luciano Bonaparte, hermano de Napoleón, que era protector de la literatura y las artes. Con el paquete incluyó una carta en la que se quejaba amargamente de verse obligado a acudir a un protector. Esta franqueza agradó a Luciano Bonaparte, que invitó al poeta a venir a verle y le hizo muchas preguntas concernientes a su obra.

“Usted puede contar conmigo para sus necesidades materiales,” le dijo Luciano,

“pues yo no desco que su labor sea obstaculizada por la escasez.”

Poco después, para desgracia de Béranger, Luciano tuvo que salir para Italia precipitadamente a causa de un gran disgusto con Napoleón. El joven poeta vió con este golpe derribadas todas sus esperanzas y se afligió profundamente. Pero pasó algún tiempo y un día le entregaron una carta en que el generoso Luciano le suplicaba aceptase la pensión a que él—Luciano—tenía derecho como miembro del Instituto, manifestándole que “sinceramente creía que si no desmayaba en su labor llegaría a ser uno de los ornamentos del Parlamento francés,” y le incluía el poder necesario para que Béranger cobrase en su lugar la pensión.

Luego encontramos a Béranger de Secretario de Mr. de Fontanes, Rector de la Universidad de París. Estando desempeñando esta plaza, un día le oyó Mr. de Fontanes cantar los couplets del «Roid d'Yvetot» y sorprendido agradablemente por la novedad del canto, le pidió la letra al joven para poderse la mostrar al Emperador. Napoleón leyó los versos de Béranger y estalló en carcajadas, muy divertido por las alegres e ingeniosas sátiras que había en ellos acerca de su reinado y conquistas. “¿Sabe usted la música?”—preguntó el Emperador a Mr. de Fontanes—“Sí, señor”—replicó éste—y comenzó a canturrear la canción destinada a hacerse tan popular. Aquella noche los cortesanos se asombraron de oír al Emperador canturreando el estribillo, que era lo único que recordaba de la canción.

“Oh! Oh! Oh! Ah! Ah! Ah!”

Quel bon petit roi que c'était là

La, la!”

Naturalmente, la noticia de este incidente tardó poco en llegar a oídos de Béranger, quien inmediatamente se puso a componer un poema cómico en siete estanzas que divirtió a la corte tanto como la canción del «Roi d'Yvetot». Pronto el poeta empezó a gozar de una creciente popularidad.

Al año siguiente, las tropas aliadas estaban en París y felizmente para Béranger las gentes de palacio pusieron muy en boga las canciones políticas. En pocos días París todo estaba cantando «Vieux Habits», «Vieux Galons» y «La Raquette des Chiens de Qualité». Vuelto Napoleón de la isla de Elba, se apresuró a ofrecerle a Béranger un puesto en la oficina de la censura imperial, precisamente la misma oficina a la cual se

refería satíricamente la canción citada «La Raquette des Chiens de Qualité».

Cuando los borbones subieron al poder, Béranger publicó su primer volumen de versos bajo el título de «Chansons Morales et Autres». Pero se le hizo saber que si continuaba por aquel camino se le quitaría su puesto, lo cual no impidió que el poeta siguiera publicando en secreto canciones y más canciones satíricas, exponiendo las ridiculeces del aristocrático Faubourg St. Germain. En 1821 Béranger publicó su segunda colección de canciones y el mismo día en que puso a circular el libro presentó su renuncia, privando así a sus enemigos del placer de verle caer.

«Le Dieu des Bonnes Gens»—una canción contra las autoridades—soliviantó tanto a éstas que Béranger se encontró preso de golpe y porrazo en St. Pélagie, donde estuvo nueve meses, siempre dedicado a sus canciones satíricas. Y cuando la revolución de Julio estalló, Béranger se sintió invadido de un extraño temor ante la caída de la monarquía, la misma cuyos cimientos había estado él minando durante quince años, y no celebró la victoria. Este honor lo declinó en Casimir Delavigne.

Pero, a despecho de su silencio, Béranger no fué olvidado. El pueblo de las provincias, tanto como el de París, celebraba más que nunca al buen «chansonnier», a quien llamaban «el padre de la revolución.»

Béranger, sin embargo, consideraba ya su tarea como cumplida. Obstinadamente se negó a seguir escribiendo y anunció que iba en adelante a consagrarse a hacer dinero. Para huír de su creciente popularidad se fugó de su casa en la Rue des Martyrs y se fué a Passy, de donde se trasladó a Fontainebleau, y de Fontainebleau a los jardines de Toursine. Aunque había declarado que nunca volvería a escribir, su generoso corazón, sublevado ante el reparto que hacían de Polonia las grandes Potencias, volvió a inspirarle unos «couplets» muy brillantes, que no lograron, sin embargo, impresionar los egoístas oídos de Luis Felipe.

En 1848, cuando se proclamó la república, Béranger fué electo, contra su manifiesta voluntad, para el puesto de diputado en la Asamblea Constituyente. Y cuando se le enteró de las censuras de que era objeto por lo poco que concurría a las sesiones, exclamó: «¿Qué les podría cantar yo a esas gentes? No me oirían. Hablan demasiado.»

Varias veces se le instó a aceptar la can-

didatura para un sitio en la Academia. Pero siempre replicaba que él no deseaba pertenecer a tan ilustre cuerpo, y al hacerlo así reveló su buen sentido, pues es seguro que en el seno de la Academia hubiera encontrado una oposición violenta y abrumadora.

Tal es, a grandes rasgos, la silueta del pintoresco personaje, típicamente francés, que se propone retratar ahora el célebre Sacha Guitry.

## La inmortalidad de los “Cuatro Grandes” del cine

Un gran actor francés elogia a los actores del cine americano

El distinguido actor francés Charles Dullin, hablando en el periódico «New France» de las grandes figuras del cine americano, ha dicho que la inmortalidad negada a muchos actores notables del «teatro hablado» la han conquistado ahora de una manera definitiva los artistas del cine, o teatro mudo. Comparando las diferencias existentes entre el drama de película y el drama hablado, Mr. Dullin escribe:

“Realmente, el cinematógrafo no ha dado de sí todavía todo lo que puede dar. Todavía se surte enteramente de las viejas tradiciones del teatro y aún entre éstas de las más pobres. Sólo rompiendo enteramente con estas tradiciones y fiándose de sus propios recursos es que el cinematógrafo alcanzará su más alto desarrollo.

“El actor de cine tiene esta superioridad sobre el actor de teatro: que, en primer lugar, no tiene que preocuparse de aprender de memoria su parte, y en segundo lugar, puede en todo tiempo verse a sí mismo trabajar, criticándose y corrigiéndose a sí mismo. Se sorprende uno mucho de ver actores inteligentes, que minutos antes habían expuesto una teoría admirable de arte teatral, hacer exactamente lo contrario tan pronto como ponen el pié en la escena. En la cortina, en lugar de dejarse cegar por su vanidad, el actor se ve obligado a reconocer su propia falta y por poco que ame su arte hará cuanto esté en su mano para corregirse.

“En tanto que el actor de teatro se consume trabajando con resultados por lo general negativos y los más celebrados

no dejan tras de ellos sino una fama muy efímera que no tarda en desvanecerse, el actor de cine del porvenir dejará tras de sí testimonio perdurable de su obra.

“He aquí por qué los nombres de Williams Hart, Charlie Chaplin, Douglas Fairbanks y Mary Pickford tienen asegurada la inmortalidad.”

## La buena música sobrevive a los embates de la revolución social

Según informes de los expertos en la materia, las revoluciones que han ocurrido en Rusia, Alemania y Austria, lejos de aniquilar el sentimiento popular por la música, lo ha robustecido más y más.

Albert Coats, que fue director de la Ópera Imperial en Petrogrado, ha escrito a un periódico de Londres, el «Daily Telegraph»—relatando sus vicisitudes entre los bolshéviki. El y su esposa fueron echados de la casa en que vivían en dos ocasiones—escribe—y su librería musical se la quemaron. Pero agrega que estas pérdidas no tardaron en tener grandes compensaciones artísticas.

“Es una cosa completamente extraordinaria—dice—la manera cómo estas gentes se aglomeran para asistir a los conciertos y funciones teatrales. Por supuesto, ya no se trata del público educado de otros tiempos, que casi ha desaparecido, sino de un público enteramente nuevo y completamente democrático, compuesto de obreros, labriegos, soldados y marinos... Sea cualquiera la conducta de estas gentes en la esfera política—yo seré el último en defenderlos—no hay duda de que en los conciertos y en la ópera se conducen con tanta reverencia como si estuvieran en la iglesia y se ponen a escuchar con la expresión extática de los niños que oyen un cuento de hadas. Muchas veces, después de un concierto, ha ocurrido que algún campesino se ha levantado y ha venido a darnos las gracias, a mí y a la orquesta, por el placer que le hemos proporcionado. Otras veces después de una sinfonía un grupo de obreros me ha rodeado solicitando que les explicase cosas de la música que ellos no habían entendido. Todos muestran una preferencia marcada por la música moderna y compleja, gustando ésta infinitamente más que de las composiciones antiguas de la música rusa. Su favorito, por extraño que parezca, es Scriabine, y al ejecutar

mi orquesta la obra de éste intitulada «Poème d'Extase», el público, compuesto casi en su totalidad de gentes del pueblo, se entregó a una delirante ovación. Y mucho tiempo después de oírnos esta pieza, las gentes del pueblo me paraban en la calle para rogarme que organizara otro concierto y volvíese a ejecutar el «Poème d'Extase» que tanto les había gustado.”

Con respecto a la ópera, se sabe de buena tinta que en ningún tiempo había florecido tanto como en los actuales. El jefe supremo de las representaciones de ópera es Chaliapin, quien en representación de los «Soviets» ha organizado sobre bases socialistas los teatros de ópera, a tal punto que todos los artistas reciben igual paga, y así, con la entusiasta cooperación de grandes y chicos, puede calificarse de milagrosa la devoción que entre las gentes sencillas van despertando las formas más refinadas de arte teatral, si hemos de creer a Grenville Vernon, corresponsal del «New York Tribune».

## La Iglesia comunal

El Reverendo John Haynes Holmes, que fué ministro y pastor de una iglesia Unitaria en New York, en una entrevista reciente con el «Times» de la citada ciudad, ha declarado que «la iglesia comunal es la iglesia del porvenir, que la hora ha sonado de que esta nueva iglesia surja en todas partes».

Mr. Holmes se ha separado completamente del culto unitario para fundar la nueva iglesia de la que él dice que es

“simplemente un esfuerzo para interpretar la religión libre, democrática, social, que demandan los tiempos que corren y para dar testimonio público de nuestra firme resolución de llevar hasta sus últimas consecuencias los principios de esta nueva fé».

Mr. Holmes tiene el entusiasmo contagioso de un apóstol y considera que la iglesia comunal que él ha establecido «es el gran descubrimiento espiritual de la era presente». En sermones numerosos ha venido haciendo tiempo exponiendo las doctrinas que han revolucionado su propia vida y la de su congregación. Pero oigámosle:

“Yo me he separado de toda conexión con otros cultos para poder dedicarme de lleno a la prédica de una religión universal, humanista, que no conoce limitaciones de ningún género, ni aún las del credo cristiano. Yo he acabado con las do-



naciones fijas, arrendamiento de asientos y otras prácticas para el sostenimiento de las iglesias, a fin de colocar la mía sobre la base, absolutamente democrática, de una suscripción enteramente voluntaria. Hemos vuelto a escribir nuestro credo, eliminando de él todo vestigio de teología, relegando así toda materia de creencia al fuero privado de cada individuo. Toda persona que sea parte de nuestra gran comunidad americana será bienvenida en nuestra iglesia, sea rica o sea pobre, blanca o negra, cristiano, judío, mahometano o budista. Mediante la adopción definitiva de este nuevo nombre, le hemos puesto un sello indeleble de democracia social a nuestra obra. Ahora pertenecemos a la comunidad, ahora estamos en el mismo rango de la escuela, la librería, la plaza pública y todo cuanto significa en las ciudades modernas centros de intercambio social o intelectual. Habiendo terminado ya nuestro trabajo de reorganización, emprendemos ahora la tarea más importante de incorporar nuestra iglesia al movimiento democrático de la vida americana."

El pensamiento dominante ahora en Mr. Holmes es el de que la comunidad, más bien que la denominación o secta a que pertenece, debe ser el único objeto de su amor y lealtad. Sostiene él que

"la iglesia comunal se distingue de todas las otras iglesias de hoy, principalmente porque no acepta, como base de su organización, denominación de ningún género, sino simple y únicamente la comunidad en la cual y para la cual existe. Ella ha nacido, no como algo impuesto sobre la ciudad desde afuera, sino como un desarrollo natural de la vida de la ciudad misma; y representa no los intereses eclesiásticos peculiares de una organización

de afuera, sino los intereses humanos universales que unen a las gentes de una ciudad en el seno de la misma comunidad. La nueva iglesia guarda la misma relación con respecto a un pueblo o ciudad que cualquiera otra institución pública. Cuando una nueva comunidad se establece y los ciudadanos se reúnen para organizar su vida común, se preocupan de establecer una escuela pública, una biblioteca pública, un centro social público. Pues bien: de ahora en adelante se debe dar un paso más y establecer la iglesia comunal, la iglesia pública, la iglesia de todos. Todas estas instituciones, la iglesia lo mismo que la escuela, pertenecen al público, son sirvientes del público y expresan las aspiraciones democráticas del público. Es por esta identificación que establece con los intereses generales de una comunidad que la iglesia comunal se denomina así y no iglesia bautista o episcopal o metodista. Es una iglesia comunal, porque vuelve sus ojos hacia la comunidad y le devuelve, en forma de guía y consagración al servicio público, la vida que ha recibido de ella. Reúne a todos los habitantes de una comunidad dada en una sola organización, para orientarlos, sin sujeción a dogmas ni ritos de clase alguna, hacia todo aquello que signifique mejoramiento para la comunidad. Los miembros de esta iglesia no hacen pacto de alianza ninguno con ningún culto y no tienden a otro fin que al de servir a la comunidad en que viven."

El nuevo experimento religioso-social que ha inaugurado Mr. Holmes, viene siendo objeto de comentarios, favorables y adversos, en la prensa de los Estados Unidos. Pero la prensa adscrita a las diversas denominaciones religiosas del país le consagra únicamente furiosos ataques.



# Aquilataciones

## La leyenda benaventina

NEMESIO CANALES

### 'Los malhechores del bien'

**E**STE título aplicado a tal obra me hace el efecto de una gran chistera colocada en la cabeza de un nene de dos años. ¡Los malhechores del bien!... Cualquiera se figura, al toparse con este título, que aquí el gran Benavente va a echar la casa por la ventana en materia de ideas. Cualquiera se pregunta sobresaltado: ¡Dios mío!... ¿qué va a pasar aquí? ¿qué irreverencias, qué atrocidades va a cometer este hombre con las gentes y los principios y las normas todas que la tradición ha ido poniendo en el centro mismo de nuestra sociedad para que nos guíen y nos gobiernen? ¡Dios mío!... ¡Las caretas que va a arrancar, los ídolos falsos, las supersticiones, los fariseísmos y convencionalismos de todo género que va a demoler!

Pero... Ahí está, ahí está la obra; y antes de decir esta boca es mía en son de crítica, conviene darse algunos aires de imparcialidad haciendo que el lector entre y vea y juzgue por sí mismo.

¿Qué hay, qué suena, qué ocurre en la lujosa mansión de la señora Marquesa viuda de Casa Molina, que es donde el autor fija el lugar de la acción? Vamos a ver si lo decimos todo en dos palabras, procurando que, ni se nos quede nada en el tintero que nos haga sospechosos, ni que tampoco nos alarguemos tanto en el relato que se nos canse el lector. Pues, señor, salvo error u omisión, en el palacio de la Marquesa ocurre que esta señora pertenece a una Junta de damas, de esas que no faltan en ninguna ciudad de alguna importancia, dedicada a obras de caridad. Esta Junta ha

recogido hace tiempo, y amparado y educado a su modo, a dos criaturas huérfanas, Natividad y Jesús, que andando el tiempo se aman y se quieren casar.

Pero no se casan, porque la Marquesa, alma de la Junta, ha creído asegurar mejor el porvenir de la muchacha preparándole casorio con un tal Martín, muchacho que a ella le gusta, por su sobriedad, docilidad y buena disposición para el trabajo, tanto como le disgusta Jesús, el otro, el recogido, de quien ella dice:

“Todo lo que Natividad, no es porque esté ella delante, fué siempre de dócil, de aplicada, todo lo que supo agradecer siempre el bien que se le hizo, el muchacho tuvo de díscolo y de rebelde: a los ocho años se escapó del Asilo; después, qué sé yo las barrabasadas que hizo; tuvimos la desgracia de que librara, por el número, de ir al servicio y por ahí anda hecho un perdido; unas veces se escapa del pueblo, sin saber adónde; de pronto aparece.”

Esto que dice aquí la Marquesa de Jesús, conviene advertir que no lo niega el mismo Jesús, quien reconoce que se ha fugado dos veces del Asilo, y que se ha exhibido borracho por las calles en la escandalosa compañía de unos rufianes, si bien alega razones muy atendibles en su disculpa, que no excluyen, desde luego, la probabilidad de una recaída.

Cuanto a Natividad, sea cualquiera su inclinación verdadera, no sólo se deja llevar sin protesta hacia el matrimonio con Martín, de quien hace elogios, sino que, sincera o hipócritamente, manifiesta estar muy disgustada y miedosa de Jesús y muy agradecida y contenta de su enlace con

Martín. Este es carpintero de oficio y, según dice otra señora de la Junta,

“trabaja en el mejor taller que hay aquí; a ella le hemos puesto ahora un obrador que es una monada y como los dos son tan estimados de todo el mundo, vivirán tan ricamente.”

Las cosas marchan a pedir de boca, hasta que, cuando ya el matrimonio está señalando para la semana que viene, la muchacha, no por impulso espontáneo, sino cediendo a las reiteradas y sugestivas instancias de un viejo romántico, que hace papel principalísimo en la obra, llamado Don Heliodoro, quien es hermano de la Marquesa, y también protegido y mantenido por ella, se escapa con Jesús.

Y colorín colorado. Ya hemos contado la trama toda de «Los malhechores del bien». Ya podemos, por consiguiente, llamar al lector y requerirle a que declare con toda honradez si es cierto o no es cierto que tuvimos razón cuando dijimos al principio lo de la chistera enorme sobre la minúscula cabeceita infantil.

¿Dónde está aquí la colosal ofensiva de la verdad contra los embustes disfrazados y canonizados que nos prometía el titular? ¿Dónde están aquí esos «malhechores del bien» que el audaz paladín de la verdad iba a pasar bajo el filo de su espada?

En una edad como la nuestra, en que hacen crisis tantas cosas, tantísimas cosas que parecían grandes y buenas y sabias, y eran ruines y malas y bárbaras, ¿de qué y de quién se antoja el autor para dar su tremenda batalla reivindicadora y abrir campo a la luz? Pues de una pobrecita Junta de señoras de tiempo viejo, señoras que ingenuamente hacen la caridad con el mismo aire clásico de compungida y reglamentada devoción con que buscan, en las prácticas externas de su culto, el camino de la eterna bienaventuranza. Hombre, don Jacinto, por Dios!

Anunciar tamaña cruzada para salirnos después ofreciendo por todo espectáculo el de unos pellizquitos de ironía barata, de la cursi que usted se gasta en los necios juegos de palabra de sus «Zurita el bueno que es el malo y Zurita el malo que es el bueno», administrados a unas pobres beatas. ¿Quiere decir, señor don Jacinto, que es usted tan pobre, tan miope, tan falto de visión, que cuando se pone a buscar asunto para un drama en la inmensa selva de los males sociales disfrazados de bien, sólo des-

cubre, para blanco de sus cóleras de apóstol, las prácticas ingenuas de un grupito de señoras devotas que forman una sociedad de beneficencia. ¡Pero si eso—los modos clásicos de la compunción beata—tan aprovechado y manoseado ha sido para tema de sátiras que hasta en las zarzuelitas menudas lo encontramos todos los días haciendo turno con la fósil solterona y con las patronas garvanceras de los estudiantes. ¿Cómo ha podido usted, hombre de Dios, adquirir tan retumbante fama con cositas tales? Todo un señor Bayardo del pensamiento moderno sonando su clarín y sus espuelas y anunciando desaforada batalla, para irse a batir con unas viejas de sainete que el mismo Vital Aza hubiera desdeñado como tema cómico demasiado fácil.

Y lo estupendo del caso no para ahí. Lo estupendo del caso es que, aun siendo tan flojo el adversario, nuestro insigne Bayardo se bate tan mal que da lástima. Descartemos de la obra lo que tiene de sandía, ingeniosidad de barbería, por el estilo de lo de «Zurita el bueno que es el malo y Zurita el malo que es el bueno», y vayámonos a la sustancia... y apuesto la cabeza a que, con un poquito de reflexión, no queda nadie que no se percate de que el criterio de la Marquesa, anticuado y todo, es menos vulnerable, y más sano y más recio, que el criterio de don Jacinto.

Porque ¿cuál es el punto en debate aquí en fin de cuentas? ¿Qué acto o principio de las beatas es el que quiere don Jacinto atacar y ridiculizar? Por mucho que busquemos no hallaremos otro que el del arreglo de casamiento de Natividad con Martín, postergando a Jesús. Este es el gran pecado, el crimen horrendo perpetrado por los «malhechores del bien» en la obra. Natividad quiere en secreto, muy en secreto, a Jesús, su hermano de crianza, y esta «infame» Marquesa de Casa Molino se empeña en que no se case con Jesús sino con Martín.

Novedoso el asunto ¿verdad? El gran autor declarado prócer de la dramaturgia española escogiendo hoy como tesis de una obra la viejísima, la antediluviana cuestión que debatían nuestros románticos tatarabuelos de «con quien se casa la niña, si con el Juan de su elección o con el Pedro de la elección de los padres».

Cuesta trabajo tomar en serio una cosita así, que manoseó, hasta provocar náuseas, el teatro romántico, pero no hay más reme-

dio que meterle el diente para ver de lograr la labor desbenaventizadora que nos impusimos.

Volviendo, pues, a la cuestión de los amorcillos contrariados de Natividad y lapachando otra vez en esta majadería romántica, preguntamos al gran Bayardo:

¿Es o no verdad que su Natividad aceptaba no ya resignada, sino complacida, la sustitución del impulsivo y peligroso Jesús por el manso y laborioso Martín, que al menos la garantizaba contra el hambre?

¿Es o no verdad que esta Natividad, si quería a Jesús, lo quería tan desmayada y vacilantemente que, aun advertidos de ello por usted una y otra vez, es punto menos que imposible descubrir en sus actos y palabras preferencia alguna por Jesús sobre Martín?

Pues, si ello es así, si no había fuerte amor ni pasión ígnea por el medio, ¿a qué venirnos con el cuento aparatoso de que la Marquesa era una tal y una cual porque violentaba las inclinaciones del corazón de la muchacha? ¿Si ni siquiera sabemos si la tal muchacha tenía corazón! Y si lo tenía, era tan pasivo, tan opaco, tan poquita cosa, que más que censuras e ironías merece alabanzas la conducta de la Marquesa, procurando, con previsión maternal muy recomendable, escoger a Martín el recio, más bien que a Jesús el convulsivo, para colgarle a la muchacha. Si eso que hizo la Marquesa por Natividad es ser malhechora del bien, yo quiero que usted me apunte también en su lista de los tales malhechores, mi señor don Jacinto. Porque yo hubiera hecho lo mismo que ella sin ningún escrúpulo de conciencia. Mientras la carrera única para las mujeres sea el casarlas, y el casarlas lo antes posible, porque mientras más se demore la cosa más cuesta arriba se hace, y mientras no haya en mi muchacha una fuerte impulsión personal que la arrastre irresistiblemente hacia un Jesús sobre un Martín, ¿qué duda hay de que yo haré cuanto esté en mi mano para colgársela a Martín, el buen partido, antes que a Jesús, el mal partido?

De modo, que si ese es el único cargo que usted tiene contra la Marquesa, no es usted el que debe reirse de ella y de su Junta, sino ella de Ud. o de su Don Heliodoro, portavoz y representante de usted. Su Don Heliodoro de usted, el personaje ese a quien usted confía la misión de subrayar cuanta simpleza o traspíe cometen las beatas, va-

ciando sobre éstas, venga o no a cuento, todo el repertorio de agudezas cursis que usted se trae, ese sí que es por excelencia el personaje lamentable y grotesco de su drama. Empieza por ser un parásito que vive de la pensión, limosna de su hermana la Marquesa, objeto constante de sus burlas. Y conste que no es un parásito por haber naufragado en una lucha dura y noble por algo elevado, sino pura y sencillamente por la barrigona vida de calaverón empedernido que se ha dado. Ah, don Jacinto! Frente a la anticuada y rígida caridad de catecismo de la Marquesa, en cuyo fondo, si hay nueve granos de intolerancia y error, no se puede negar que hay también su granito de ansia de solidaridad humana, que ya es algo, y algo respetable, no se le ocurre a usted colocar cosa mejor, como bandera de guerra, que a ese viejo calaverón con su trasnochado y nocivo romanticismo de cinematógrafo! ¿Qué principio, qué moral, qué ideología, opone don Heliodoro a las prácticas anticuadas de las beatas? Pues, a vuelta de muchos discursos en que unas veces coquetea en las inevitables frasecitas ingeniosas del repertorio barberil de la casa, y otras veces se compadece a sí mismo y trata de romantizar su historia dándole proporciones de tragedia a lo que es sólo consecuencia de su estéril vida de señorito regalón, don Heliodoro, cuando no hace chistes, a propósito de sus frecuentes borracheras, que él llama jaquecas (qué gracioso!), se decide a actuar sólo cuando ve que es inminente el matrimonio de Natividad con Martín. Y aunque pudiéramos hacerle el cargo de que más lo induce a actuar el deseo frívolo de jugarle una mala pasada a su generosa hermana que su interés por la muchacha, pasamos eso por alto y consentimos en tenerle como paladín de Natividad, para agarrarlo en seguida de la solapa y llamarle entremetido y tonto de capirote. Porque, aun suponiendo que Natividad hubiese mostrado estar apasionada por Jesús, ¿no es necio de capirote todo aquel que hoy—en plena vida moderna—sigue comulgando todavía con la grosera superchería romántica de que el amor es la base de la felicidad matrimonial? ¿No sabe usted, don Heliodoro o don Benavente, que por cada diez matrimonios de conveniencia fracasados, hay lo menos veinte por amor fracasando también, ruidosamente, todos los días? ¿Qué madre con sindéresis ignora hoy que la exaltación amorosa de su hijita y del novio de su hijita en el camino hacia la iglesia suele, en la mayoría de los casos, acabarse antes que las flores que ornamen-

taron el traje de novia? ¿Quién que no haya vivido en blanco no ha aprendido que el matrimonio no es un idilio azucarado de tiple y tenor, sino una profesión difícil; un oficio muy duro y muy serio en que el saberse tolerar, y respetar y ayudar, es una aptitud más importante que el saberse amar? ¿Quién no sabe que la pasión ha derribado tantos matrimonios como la repulsión? ¿Quién no sabe que el Jesús todo brasa, que de amante accidental sería delicioso, de marido es muy probable que fuera un desastre? ¿Quién que no sea un mentecato, como los románticos cursis a lo don Heliodoro, no ha comprobado mil veces en la realidad diaria que si la experiencia de las madres ha solido preparar grandes tragedias matrimoniales no son menos las que ha solido preparar el ciego impulso pasional de las muchachas?

¿No sabe usted que el hecho de que hoy Juana y Pedro se amen desafortadamente no excluye la posibilidad de que mañana se amen más desafortadamente todavía Juana y Antonio o Pedro y Enriqueta y que por querer ignorar realidad tan corriente e inevitable es que el matrimonio tradicional ha dado lugar a tan grandes catástrofes?

¿No sabe usted que un matrimonio a lo Marquesa donde falte el amor (y hay muchos en que falta) puede sobrevivir, aunque resulte incómodo, mucho más fácilmente que un matrimonio a lo don Heliodoro en que falte el diario por la mañana para la cocinera?

¡Válgame Dios! Tenerle que salir gritando estas cosas a un señor autor príncipe, a quien sus críticos han colocado más alto que nadie, precisamente por su «realismo» en reacción contra el «romanticismo» de Echegaray. ¿Dónde diablos se esconde ese realismo que no le vemos por ninguna parte? Tan romántico es el don Jacinto de ahora como el Echegaray de ayer, pero con la diferencia a favor de éste de que sus héroes vociferaban, declamaban, peleaban, eran en suma, mucho más pintorescos, en tanto que los de don Jacinto no saben más que discretear.

Ah! Pero se me olvidaba que hay también en el drama, como barniz de modernismo, unos tiritos que don Jacinto, por boca de don Heliodoro, le dispara a la caridad de las beatas. Don Heliodoro arremete contra las beatas en estos términos:

“No hacen ustedes caridad ni limosna desinteresadas, sino a cambio de una profesión de fe absoluta, no sólo religiosa,

política, social..., hasta sentimental. Y aunque a ustedes les sorprenda, no todo el mundo..., y menos entre esa pobre gente que, en esferas más elevadas, está dispuesta a vender su conciencia y sus sentimientos por una limosna que sólo a ese precio se les ofrece. Creen ustedes que fomentan la virtud, y lo que fomentan es la hipocresía; no educan ustedes; amaestran con el látigo en una mano y la golosina en la otra. Es odioso el Don Juan Tenorio que presenta Molière cuando por una limosna pretende hacer blasfemar a un pobre; pues no es menos odioso el que por una limosna pretende hacerle bendecir. Caridad de toma y daca no me convence; el bien no es semilla que debe sembrarse con esperanza de cosecha; se arroja al suelo; que alguna cae en tierra y fructifica, bien está; que el viento se la lleva, no se pierde...; la alegría de hacer bien está en sembrar, no está en recoger.”

Muy bien, don Heliodoro. Ha hecho usted una brava salida contra el fariseismo caritativo. Si estas cosas las hubiera usted dicho hace cincuenta años, hubiera merecido usted una ovación; pero ahora, don Heliodoro, ahora, resulta una gansada lo dicho por usted. Porque ahora no comulgamos ya los hombres civilizados, ni con la caridad tasada de esas señoras de la Junta que usted asalta, ni tampoco con la caridad romántica de usted.

Tan antipática es la una como la otra, porque todas son caridades, esto es, limosneo, esto es, envilecimiento, degeneración y ruina total de la dignidad humana. Ahora lo que nos preocupa no es este pobre ni aquel pobre, sino la fábrica colosal de pobres que hay escondida en el mismo centro de nuestro monstruoso sistema social. Mientras funcione esta siniestra fábrica, mi señor don Jacinto, de nada vale que usted le mate el hambre a Juan o a Pedro, porque en el instante mismo en que está usted refocilando su conciencia con ese acto caritativo más o menos barato, está la «Fábrica» siniestra, que no pára nunca, vomitando a la calle un millón más de desvalidos Juanes y Pedros y Frasciscos.... La caridad de los buenos es ahora más difícil, porque no puede consistir en otra cosa que en el pronto y total derribo de la Fábrica.

### Los intereses creados

Aunque poco es el espacio que me queda hoy, quiero decir algo también acerca de es-

ta otra piramidal fazaña de nuestro héroe. ¡Jesús, José y María! Las loas que tengo oídas de estos dichosos «Intereses Creados» ¡Qué Molière, ni que Shakespeare, ni qué nadie! Y estos disparatados elogios no los hacían abajo, sino arriba, muy arriba, en las alturas donde moran los más encoquetados arúspices de la crítica.

Pero he aquí que me cae en las manos un diario de Puerto Rico, y en ese diario una crónica, reproducida, de Azorín, de la cual recorto lo siguiente:

“Nos permitirá el lector que dediquemos un momento al teatro. Se ha estrenado recientemente en Madrid una obra póstuma de don Manuel Tamayo. Tamayo murió hace quince o veinte años. Tamayo fué considerado en su tiempo como un portentoso dramaturgo; no recordamos qué escritor—pero renombrado—ha dicho que Tamayo era uno de los primeros—o el primero—autores dramáticos de Europa. De esta manera, enfática, hiperbólica, se hace la crítica en España. Hoy se cree también que el señor Benavente merece figurar entre los más grandes genios dramáticos modernos; por una obra estupenda se reputa su farsa deleznable e infantil: «Los Intereses Creados»... Pero dejemos esto. ¿Qué era Tamayo?

... ..

No hay más, no ha dicho más el exquisito Azorín, pero como en nuestra América, y también ¡ay! en nuestra España, puede más un nombre que un saco de razones, es seguro que esta escueta calificación de Azorín, que en otra parte no valdría nada sin venir acompañada de buen acopio de argumentos, entre nosotros vale ella sola por cien artículos míos con cien mil toneladas de considerandos.

Contando, pues, con tan gran refuerzo, poco es lo que tengo que decir.

¿Por qué es, señoras y señores, «infantil y deleznable» la obra en cuestión? Por muchas, por innumerables razones, de las cuales sólo voy a citar algunas. En primer lugar, el asunto es una intriguilla de índole picaresca y como tal ni aun el ingenio de seguda mano con que nuestros clásicos combinaban las tales intrigas (es éste precisamente el plato que más abunda en nuestra despensa clásica) se muestra en la obra ¡Qué pobreza de recursos para darle novedad, interés y verosimilitud a la acción! Todo lo que allí ocurre es tan traído por los cabellos, que da grima pensar que tal ade-

fesio se haya escrito para adultos y no para niños menores de doce años, únicos capaces de tragarse lances tan grotescamente hilvanados como los de aquel Crispín y aquel Polichinela y aquel Leandro con su idiota idilio.

Aparte de que este teatro de infantil entretenimiento, con una acción mecánica que se enreda en el medio y se desenreda al final, ya hace muchos años que pasó a mejor vida, y sólo se advierte algún rezago de ella en el cine, el enredamiento y desenredamiento de ésta de Benavente es tan forzado y tedioso, que sólo por tedioso ha podido imponerse tanto a la masa del público, porque sabido es que en tratándose de autores de cierta reputación el público venera supersticiosamente y alaba estrepitosamente todo cuanto le aburre. Pero como pudiera decirse que lo fuerte del tal adfesio no está en la acción, sino en la tesis, le salgo al paso al objetador con esta pregunta: ¿dónde está esa tesis?

Realmente, es cosa para perder la paciencia el ponerse a pensar que de esta quíscosa haya podido sacar nadie en serio la idea de una tesis. ¡Qué idea de la propia inteligencia es preciso tener para advertir sin sublevarse que un autor dramático nos ha sacado de nuestras casas y encerrado en un teatro por dos o más horas, para convivirnos a meditar sobre las paparruchas siguientes, ya manoseadas en tiempos de Abrahán!: “Para salir adelante con todo, mejor que crear afectos es crear intereses.” (Sentencia de Crispín). Y para templar un poco el olor a cebolla del escepticismo aldeano de la anterior vulgaridad, pone el autor en boca de Leandro esta réplica de sublime idiotez: “Te engañas, que sin el amor de Silvia, nunca me hubiera salvado.” “¿Y es poco interés ese amor?”—exclama Crispín. “Yo dí siempre su parte al ideal—(¿qué ideal?... Se oye el trote de Pérez Escribá...)—y conté con él siempre.”

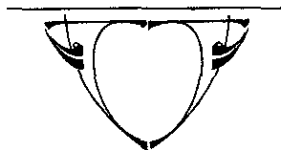
Y por si esta mezcla insufrible de cebollismo de Juan Simplicio y romanticismo de «Flor de un día» o de «Marina, yo parto muy lejos de aquí»... (música de Arrieta) fuera poco, el condenado autor nos afloja al final (mal rayo lo parta!) esta espantosa melopea de organillo:

“(Al público).—Y en ella visteis, como en las farsas de la vida, que a estos muñecos como a los humanos, muévenlos cordelillos groseros, que son los intereses las pasioneillas, los engaños y todas las miserias de su condición; víran unos de

sus pies y los llevan a tristes andanzas; tiran otros de sus manos, que trabajan con pena, luchan con rabia, hurtan con astucia, matan con violencia. Pero entre todos ellos desciende a veces del cielo al corazón un hilo sutil, como tejido con luz de sol y con luz de luna, el hilo del amor, que a los humanos, como a estos muñecos que semejan humanos, les hace parecer divinos, y trae a nuestra frente resplandores de aurora, y pone alas en nuestro corazón y nos dice que no todo es

farsa en la farsa, que hay algo divino en nuestra vida que es verdad y es eterno, y no puede acabar cuando la farsa acaba.”

¡Habrás visto! Yo quiero que me digan si hay colegial hoy, en plena edad del pavo, que no esté dispuesto a ahorcarse de vergüenza si entre sus cartas a la novia le sorprenden una explosión de rancia melcocha retórica tan fea, tan mema, tan abominable como esa. ¡Santísimo Dios!



# Notas panameñas

J. D. MOSCOTE

## Hechos y cosas

### A modo de preámbulo

**N**OS hemos encontrado un recurso muy cómodo, para la confección de estas notícuas, que consiste en entretenernos con nuestros lectores en discretos coloquios sobre temas ligeros antes de presentarles el plato de ideas—o de sandeces—que en cada mes nos hemos comprometido a servirles. Esto, por un lado, nos resulta, casi sin quererlo, un expediente de buena política que ningún esfuerzo nos cuesta y que, en cambio, nos ayuda mucho; por otro, es tiempo que ganamos mientras nos recogemos en nosotros mismos y nos preparamos, con ánimo resuelto, al sacrificio que, indudablemente, es escribir para un público que de cualquiera cosa sabe tanto o más que nosotros.

Esta vez divagamos sobre el pesimismo que prevalece en todas las manifestaciones sociales de nuestra colectividad y que, como flagelo implacable, está arruinando el organismo nacional.

Tal tema precautorio sería, de poder abordarlo con tiempo y suficiencia, un “caso” de desbordante interés por lo que respecta a sus causas, a sus consecuencias actuales y al influjo que necesariamente tiene que ejercer en el futuro.

Ni en las máximas de La Rochefoucauld, el solitario de Verteuil, ni en las terriblemente desconsoladoras reflexiones de Schopenhauer, el crítico inmisericorde del optimismo, hay una fuerza de convicción, de sentimiento, tan arraigada y firme, acerca del predominio del mal en las cosas de este mundo como la que, sin mayor esfuerzo, se descubre a los ojos del observador en la conciencia de nuestro pueblo, por otra parte, alegre y confiado como la ciudad que

imaginó el célebre dramaturgo español. Por cualquiera de los aspectos que se la estudie encontramos confirmada esta observación, lo mismo en lo referente a la vida privada, que a la pública, así en la económica y comercial como en la meramente espiritual y desinteresada. En la vida política, por ejemplo, el pesimismo se manifiesta por una ausencia permanente de todo noble ideal, en cuanto éste puede ser una aspiración definida y concreta en orden a la felicidad del Estado y de sus elementos componentes. Sus causas son, ya psicológicas, es decir, individuales, ya objetivas o de índole y significación evidentemente social. Unas y otras concurren, en feliz consorcio, a explicar el modo de ser de nuestros gobernantes y hombres dirigentes, los cuales, en general, y salvo unas pocas excepciones, que todos nos sabemos de memoria, no han poseído esas individualidades fuertes que, según Spencer, estimulan el progreso humano. Ellos han sido, por el contrario, figuras ya moldeadas por el medio ambiente, prisioneros de todos los respetos, de todos los intereses y de todas las rutinas, personajes sin inquietudes, sin ambiciones y sin anhelos de inmortalidad que miraron las circunstancias de su actuación pública no como estímulos obligantes sino como ocasiones propicias para defender los fueros egoístas de su “causa.” Por eso ninguna gran reforma social, cuyos efectos hayan perdurado, se les debe. Por eso ningún gran movimiento de política fundamental y civilizadora concibieron ni por su esfuerzo caldea las páginas de nuestra historia ese vivificante amor a la Libertad y al Derecho, que es el orgullo de otros pueblos. Trabajo va a costar, en suma, a las generaciones venideras, que la estudien sin prejuicios, comprender la significación de una historia “hecha” por voluntades enfermas y abúlicas, que si alguna actividad se gastaron



fue sólo en obras de alcance indiferente o efímero.

La historia que estamos haciendo se distingue por las mismas características y tonalidades. Nadie cree en nada: El mérito del esfuerzo propio real, los prolíficos resultados que se obtienen de la práctica constante del Bien, los milagros que obra el espíritu de empresa, la posibilidad de vivir dignamente fuera del maleante influjo de la "política," cualquiera categoría mental, en fin, que dé a entender que llevamos dentro del pecho la llama ardiente del optimismo, equivale, para la mayoría de los que tienen el monopolio de las funciones directoras de nuestra sociedad política, a simples ideologías, carentes de sentido práctico, a calenturientas imaginaciones de retóricos y literatos. Y porque es el único criterio que tienen, sin dificultad alguna propagan, y estimulan a los demás a que hagan lo mismo que ellos, que nuestros males socia es no tienen remedio, que la más racional línea de conducta que debemos seguir es la del "dejar hacer" a cada cual lo que le venga en gana, antes de que se le apague la luz de su existencia, es decir, dándole carta de naturaleza a la peor forma del individualismo, que es esa que sólo tiene en cuenta la inmediata satisfacción de los apetitos desordenados de la bestia que cada quien lleva dentro de sí. Intentad poneros en contacto mental, por un minuto siquiera, con uno de esos superhombres del mal y veréis cómo, sin dejar de emplear los mismos términos que todos empleamos en la conversación corriente, su lenguaje posee una expresión singular, como de doble sentido. Ellos os hablarán del amor, de la amistad, de la lealtad, del honor de la patria, de los principios, etc., pero a pesar de sus capacidades simuladoras, de lo bien que imiten el lenguaje propio de la sinceridad y de la convicción íntima, no podréis evitar que vuestra imaginación evoque otras representaciones que resultan caricaturas grotescas de tan nobles idealidades y afectos.

¿Cuál es, francamente, la obra que debe esperarse de un presente tal, que así cínicamente trastrueca los más preciados valores que constituyen el "sancta sanctorum" de la vida de una colectividad...?

Por poco caemos en contradicción, diciendo por respuesta que toda esperanza es ilusoria. Así es de oscura la realidad actual. Mas, después de todo, alcanzamos a ver una luz lejana, pero distinta, presago de más consoladoras claridades... El reconocimiento explícito de nuestros defectos, la obra de la escuela y de las demás instituciones educativas. El camino del porvenir está abierto ante nuestros ojos.

## Nuestras instituciones culturales

### La Prensa

No queremos dar la impresión de que vamos a tratar un asunto en el cual haya algo nuevo que decir. El caso es que mientras ciertas ideas y conclusiones no estén en la conciencia de los que ya en el gobierno o fuera de él han asumido de hecho—valga la verdad—la dirección de nuestra vida social, será justificado que haya quienes constantemente estén repitiendo las mismas cosas. Diremos también, por vía de excusa a tal insistencia, lo que otras veces hemos dicho, a saber, que la cultura por la que realmente vale la pena abogar es por la que se manifiesta en hechos, ya que aquella otra que no transcurre de los límites de la pura inteligencia tiene a su favor un culto general, entusiasta y desinteresado.

¿Es la prensa entre nosotros una institución verdaderamente cultural, según el valor entendido que, debe saberse, damos a estos conceptos?

Puede haber quien así lo crea, pero nuestra opinión es del todo contraria puesto que afirmamos que lo que constituye su misión primordial, su razón de existir, lo tiene completamente olvidado o relegado al plano secundario, cuando menos, de sus actividades. Vamos a verlo.

Nuestra vida colectiva ciudadana, como la de cualquier otro pueblo, tiene que ser, y lo es, una oposición actual de todos los momentos entre los intereses consagrados por un pasado en que las falsas ideas, los vicios, las pasiones y la injusticia prevalecen y los intereses que el progreso, siempre luminoso, prometedor, revolucionario e irreverente trata de crear. ¿Cuál es la actitud de nuestra prensa ante esta necesaria y bien comprobada oposición? ¿Por qué lucha? ¿Qué partido sigue? ¿Cuáles son los ideales que prefiere en presencia del eterno conflicto que media entre la vieja y la nueva humanidad? No sabemos decirlo, tal vez sea por incapacidad de comprender o por falta de observación, pero después de haber abierto mucho los ojos y escudado mucho dentro del horizonte que alcanzamos, sólo hemos encontrado una prensa anodina, miedosa, "circunspecta," respetuosísima de los intereses que en diferentes formas representan esa tradición veneranda contra la cual se ha desatado una guerra sin cuartel por donde quiera han pasado los vientos de la nueva y verdadera libertad y existían, además, ansias de positiva regeneración. Nuestra prensa no habla, por

regla general, sino de lo que no hiere ningún interés individual o colectivo de esos que se tienen por intangibles. No quiere ser libre para estudiar ampliamente, sin reservas forzadas, ni disimulos, los problemas que surgen de nuestra vida en común y cotidiana. La vida política, si tal cosa existe, es de una desesperante monotonía, la vida industrial, la científica y literaria, en cuanto sea acertado hablar de tales vidas, nos parecen vastos templos desiertos, sin sacerdotes, sin fieles, sin ritos y sin nada que proclame que en ellos alientan los gérmenes activos de la existencia porque nuestros periódicos, que debieran ser exposiciones permanentes de esas modalidades sociales, muy poco es lo que de ellas se ocupan en sus páginas que así resultan descoloridas y faltas de interés. Su culto favorito es el de la frivolidad, su espíritu el de una transigencia extremadamente complaciente y su obra, en resumen, benévola y juzgada, casi negativa.

No necesitamos traer hechos en auxilio de nuestros juicios. No recordaremos, por ejemplo, cuál ha sido su nota saliente en nuestras periódicas contiendas civiles las que, lejos de ser edificantes certámenes de civismo, lo han sido de locura y de deslealtad desenfadada a los principios republicanos. No hemos de imputarle que a ella se debe esa especie de ruina moral a que han sido condenados algunos de los que debieran ser nuestros más connotados hombres públicos. No le increparemos la habitual y estudiada indiferencia con que mira las cuestiones permanentes y vitales que provienen de la convivencia de nuestra pequeña y débil nacionalidad con la más grande y poderosa del mundo. Mucho menos nos preocuparemos por evidenciar lo significativo que es para el estudio de los fenómenos sociales el hecho manifiesto de que nuestro país sea el único de la sociedad de las naciones cuyo servicio público, cuya administración pública, sean tan excelentes, tan perfectos, que no necesiten de la colaboración de la prensa ya sea para señalarles los errores de que adolezcan, ya para indicarle, entre críticas y censuras, orientaciones saludables y renovadoras. Los hechos son siempre demasiado elocuentes por sí mismos y no hay para qué violentarlos.

Lo que importa muchísimo es dejar establecido que aunque tal carácter de nuestra prensa es revelador de grave y profundo mal, y sus causas, innegables y evidentes, éstas no consisten en que nuestros periodistas sean incapaces de comprender y de cumplir, llegado el caso, los deberes consagrados por la institución, o de que existan, como algunos pretenden, reales y poderosas influen-

cias, insidias o peligros que coarten la libertad de los que escriben para el público. Todo proviene de que ellos se abstienen deliberadamente de ejercer sus naturales derechos porque se hallan convencidos de antemano de que aquí no se puede hacer nada por el bien general, de que el progreso y el bienestar, si no vienen de arriba, de las alturas gubernamentales, es inútil buscarlos por otros caminos por que creen que la fuerza de los "intereses creados" es tan poderosa que quien intente oponérsele inevitablemente tiene que ser arrollado por ella. No vacilaríamos en afirmar que el pesimismo que reina en los estadios de la prensa es obra exclusiva de una autosugestión inexplicable de los mismos que mayor interés debieran tener en convertirla en un poder decisivo del progreso social.

Es cierto que en donde quiera existen, fuera de las leyes positivas, limitaciones naturales, diremos, a la libertad de la prensa que debilitan mucho su acción cultural y educativa y que no es Panamá una excepción de esta regla; pero, por eso, no añadamos a éstas, que dictan, a veces, el respeto, la prudencia bien entendida y la conveniencia pública, otras que vengan a ser como pesadas cadenas por nuestras propias manos forjadas. Afirmámos que no existen tales insidias ni influencias que obren sobre los que más eficazmente pueden ejercer la sanción pública, pero esto no lo hemos dicho por ignorancia del medio, que demasiado conocemos, ni por complacernos en negar lo que, acaso es de evidencia absoluta para todo el mundo, sino para agregar más adelante, como lo hacemos, que si las ha habido y es posible que siga habiéndolas, ellas también son el resultado directo de nuestra falta de valor cívico para afrontarlas, el que, a poco, convertido en puro y simple temor a las situaciones difíciles, crea fantasmas y embrujamientos que anonadan nuestra voluntad y oscurecen nuestra inteligencia.

Además, ¿no es cierto que hay una relación estrecha entre el poder de los tiranos, de los déspotas, de los vicios sociales, por un lado, y la corrupción, la debilidad y la compiacencia de los pueblos por otra? Pues bien, nuestra prensa es la voz de nuestro pueblo y si ella es débil y medrosa señal es de que algún grave mal padece que todos debemos empeñarnos en curar, como si fuéramos los médicos de nuestras propias dolencias. Los fuertes y los poderosos no lo son sino a costa de nuestra debilidad. Los "intereses creados" son una red cuya resistencia no depende sino de nuestro "dejar hacer." Los males sociales, en general, los que afectan así a

la parte física de la humanidad, como a su parte espiritual, hijos legítimos son de la falta de previsión y de profilaxis moral oportuna y eficaz. ¿No sería una hermosísima presa para nuestra prensa el que de ella partiera la iniciativa, el impulso primero de un movimiento regenerador de nuestra colectividad desprendiéndose de las garras medrosas de la autosugestión y entrando en franca lucha con esta realidad social que todos condenan, de la que todos detestan, y con la que nadie se halla satisfecho?

### Nota gráfica sobre la instrucción pública panameña

Al principio de un hermoso artículo sobre la educación racional del niño, que publica J. L. Devy en "La Revue Mondiale" de París, hemos encontrado la observación, muy atinada por cierto, de que es ley general de la evolución de las doctrinas educativas que a cada época de crisis políticas, económicas y sociales corresponde una recrudescencia de las tentativas reformistas. Esta observación se puede aplicar también al orden administrativo en cuanto tiene que ver, como es la tradición, con lo que se refiere a la educación pública en todos sus aspectos; y es por esto por lo que al propio tiempo que los filósofos y los educadores andan empeñados en especulaciones doctrinales sobre la materia nótase que los políticos y los estadistas se preocupan seriamente por formular en sus planes de gobierno el modo de llevar a la práctica las conclusiones que de aquéllas se desprenden.

Por lo que hace a la crisis actual por que atraviesa el mundo, el movimiento reformador es universal y abarca no a este o aquel pueblo, o a tal o cual dirección ideológica, sino a todos los hombres de pensamiento, en todas las naciones civilizadas. Empero, como son posibles las excepciones, y podría suceder ahora que Panamá tuviera el triste privilegio de ser uno de los pocos países en donde las cuestiones de educación y enseñanza, en su doble aspecto, filosófico, y administrativo, o práctico, no inquietaran, como deben, a los más llamados a desvelarse por ellas, vamos a trazar brevemente la gráfica de nuestra instrucción pública, desde la Independencia hasta nuestros días, con el propósito de mover la atención ilustrada con las deducciones que de nuestra descripción resulten.

Se trata de un corto período de casi diez y seis años que, subdividido en cuatro, nos dará las características más salientes que para nuestro objeto necesitamos.

Resumiendo el haber existente en materia de instrucción pública en el Istmo, el día anterior al 3 de Noviembre, diremos que muy poca cosa era la que se había hecho hasta entonces por la cultura popular. Existían, por supuesto, escuelas y maestros, presupuesto de instrucción pública y empleados del ramo que, a su modo, y según las circunstancias económicas y políticas, hacían lo que les era posible por su bienestar y progreso, pero faltaban, de hecho, normas directrices, un sistema, ideas, principios que inspiraran la labor oficial de esos funcionarios. La atención pública, concentrada, casi por completo, en las intrigas políticas, no dirigía, ni por asomo, sus miradas inquisidoras sobre los que tenían en sus manos la educación de la juventud y por eso eran muchos los malos maestros y explicable el poco favor de que disfrutaban. No sabemos bien, precisamente, cómo atendía el Gobierno departamental el pago de los institutores en las provincias del interior, pero es cierto que en la capital los noventa pesos plata de ochocientos treinta y cinco milésimos con que remuneraban mensualmente los servicios de un maestro de sección media (tercer o cuarto grado de hoy) les eran entregados con bastante regularidad y les alcanzaban, holgadamente para sus más urgentes necesidades.

Vino el 3 de Noviembre, es decir, el momento de la crisis de que habla Devy y ella se resolvió en lo político, en el establecimiento de un gobierno propio; en lo económico, en el inmediato comienzo de los trabajos del Canal, y en lo social en un vigoroso renacimiento de los ideales nacionales, que se sintetizó en una serie de reformas educativas algo precipitadas, heterogéneas e inarmónicas, pero a base de nobilísimas aspiraciones y de un acendrado patriotismo de parte de quienes las preconizaban. Las escuelas se multiplicaron con rapidez por todo el país; fue mejorada considerablemente la situación económica del profesorado primario, aumentándole su sueldo en más de un treinta por ciento sobre el que antes ganaban; se fundó una escuela normal de varones al lado de la que antes existía de señoritas y fue puesta bajo la dirección de los hermanos cristianos; una cerrada falange de jóvenes de los dos sexos (61 en el término de cuatro años) emprendió viaje al exterior en busca de luz pura y viva para sus ávidas inteligencias. Las leyes 11 de 1904 y 2a. de 1907, entre otras, fueron los instrumentos de estos importantes progresos. Unas cuantas instituciones de carácter docente y técnico, pero de vida efímera (Escuela de comercio e idiomas, Escuela superior de señoritas y de jó-



RICARDO MIRO

Nuestro célebre poeta nacional.



JOSE D. CRESPO

Uno de los más distinguidos pedagogos con  
que cuenta el país.

venes) podrían pasar a nuestros ojos como precursoras de la enseñanza secundaria y profesional que, en diversos planteles, tenemos ahora más o menos bien cimentadas. El interés paternal del Gobierno de entonces por las cosas del ramo, lo que no excluye que se cometieran notables desaciertos y que hubiera muchas deficiencias, técnicas sobre todo, fue la vara milagrosa que hirió la roca del indiferentismo popular. Los padres de familia, y aun los que no lo eran, se mostraban ufanos en hechos y actitudes al darse cuenta de la labor reformadora que se estaba cumpliendo.

Sería una notoria injusticia, en que no deseamos incurrir, en este paso, que prescindieramos de los nombres de Nicolás Victoria J. y de Melchor Lasso de la Vega, los dos más entusiastas campeones de aquel movimiento. La obra educativa de 1903 a 1908, es de ellos con todos los defectos y excelencias que puedan señalársele. La venida al país de los hermanos cristianos fue promovida por el señor J. J. Fábrega.

La administración del señor Obaldía, en la que actuó como Secretario de Instrucción Pública el doctor Eusebio A. Morales, aunque al principio se mostró poco propicia, casi hostil a los "maestros de escuela," supo mantener, en lo general, el fuego sagrado del entusiasmo y de las elevadas aspiraciones que caracterizó a la administración anterior del doctor Amador Guerrero, y fue así como, a pesar de rudas polémicas y de violentas oposiciones originadas de la imprudencia de ciertos elementos avanzados, que ejercían influjo en el ramo, y del extremado celo religioso de parte del tradicionalismo educativo, pudo echar las bases de nuestra enseñanza secundaria con la fundación del Instituto Nacional, obra de previsión netamente republicana que fue considerada como una locura administrativa y hoy constituye timbre legítimo de orgullo nacional. Los mejores profesores extranjeros que hemos tenido fueron contratados por la primera vez bajo los auspicios de esta administración y es de estricta justicia reconocer, además, que de 1909 a 1912 fue la edad de oro del profesorado secundario en lo tocante a remuneración pecuniaria por sus servicios. En aquellos días el costo de la vida era un cincuenta por ciento más bajo que lo es en la actualidad y, no obstante esto, una hora semanal de clase era estimada en quince pesos panameños. Una medida muy notable de la época fue la que consistió en la concentración de varios establecimientos docentes en uno solo, que se hacían una competencia innecesaria, el Instituto, y debe recordarse también que enton-

ces fue cuando se dieron los primeros pasos, no con muy buen acierto, debe decirse, en el sentido de reglamentar y unificar el trabajo escolar, todavía sujeto a las buenas inspiraciones de los maestros. El primer reglamento orgánico de las escuelas, dentro de la República, y los primeros programas de enseñanza primaria y secundaria fueron redactados, pues, bajo la administración Morales. La educación elemental, debido quizá a la idiosincracia del jefe del ramo, no progresó en proporciones apreciables. Mantúvose, eso sí, la dotación docente de que el magisterio había venido gozando y el problema de la edificación escolar comenzó a preocupar al Gobierno. El nombre de Justo A. Facio está estrechamente ligado a este importante período de la instrucción pública panameña. Los doctores Heliodoro Patiño y Alfonso Preciado, Secretarios del doctor Pablo Arosemena, y quienes sucesivamente estuvieron, por cortos lapsos, encargados de la Secretaría del ramo, después del doctor Morales, que la dejó a la muerte del señor Obaldía, casi no tuvieron ocasión para otra cosa que para afrontar las dificultades propias de los momentos de agitación política en los cuales todo se relaja y degenera.

De 1912 a 1917 fue el término administrativo del doctor Belisario Porras y de su Secretario el señor Guillermo Andreve.

En tesis general, esta administración fue excepcionalmente notable. Ella se distinguió no sólo por el espíritu patriótico de la primera y por poseer, como la segunda, una confianza firme en la reforma moral del país por medio de la educación popular, convenientemente dirigida, sino que dio la nota de ser muy progresiva y de hallarse constantemente consagrada a los intereses del ramo con devoción inquebrantable. En materia de iniciativas, de reformas legales, reglamentarias y programáticas, en todo lo referente al orden y a la disciplina administrativa, en lo que, en fin, de alguna manera tendía a dar la impresión de que había un sistema, un método de conducir los negocios del ramo, original y propio, la administración del señor Andreve es difícil que sea superada. Le tocó, en cierto modo, recoger el fruto de las anteriores, pues en su tiempo fue cuando comenzaron a llegar al país y a tomar plaza en el profesorado los primeros jóvenes que de 1904 a 1906 fueron a estudiar a las más famosas universidades europeas y americanas y fue también cuando pudieron mostrar toda su capacidad profesional algunos extranjeros contratados por la administración Morales, como el doctor Eugenio Lutz, don Richard Newmann, el doctor E. G. Dexter y



Ruinas de la Plaza Mayor en Panamá Viejo.



Grupo de turistas en el solar del Convento de San Francisco. El último de la derecha es el distinguido historiógrafo panameño señor don Juan B Sosa.

Frederick E. Libby (este último vino a Panamá en 1913, llamado por el mismo señor Andrevé), los cuales, según sus respectivas especialidades, han contribuido al desarrollo de nuestra instrucción pública de manera eficaz e indiscutible. Ciertos establecimientos, que habían llevado una vida enclenque, como la Escuela de Artes y Oficios y el Instituto mismo, recibieron un poderoso impulso, aunque es cierto que los resultados de ese impulso fueron diferentes en los dos casos. La abundancia de ensayos institucionales en el ramo durante la permanencia del señor Andrevé en la Secretaría, como los ensayos

podido hacer gran cosa por la Instrucción pública las dos veces en que le ha tocado regir sus destinos; y es de sentirse, porque su carácter bondadoso, su ecuanimidad, y su amor a la justicia habrían sido factores poderosísimos que le habrían conquistado el éxito en sus labores. Los señores Garay y Lefevre pasaron por la Secretaría, por lapsos brevísimos. Estamos seguros de que ellos no reclamarán nunca para sí honores provenientes de tan efímera actuación.

A la actualidad, hay ya algo bueno que abonarle en cuenta, aunque ello no depende de ningún uno, sino de la buena voluntad de

menor significación social que los de los maestros de escuela y los profesores de segunda enseñanza.

Nosotros no estamos preparados para hacer vaticinios sobre el porvenir, ni nos gusta el oficio de profetas de cosas desagradables, por eso aunque el horizonte del ramo es muy brumoso, nos abstenemos de seguir en más extensas consideraciones. Pueda ser que el sol salga otra vez y vuelvan los tiempos idos en los que el entusiasmo era el ambiente que rodeaba el trabajo escolar y la instrucción pública no era la cenicienta entre todos los ramos de la administración.

Ojalá esta nota gráfica, trazada sin propósito de hacer historia rigurosa, pueda, como decíamos al principio, despertar por la fuerza del contraste, la atención de las personas ilustradas y conducirla, aunque difícilmente, hacia un alto punto de vista desde donde pueda descubrir nuevas y consoladoras perspectivas.

### Las conferencias ilustradas del Instituto Nacional

Durante el mes el Instituto ha ofrecido al público de la capital dos conferencias ilustradas, una a cargo de don Samuel Lewis, sobre "El agua potable," que llevó a muchos oyentes al aula máxima del referido plantel y la otra, dictada por el General Clement, veterano glorioso del ejército francés. A esta última asistió lo más selecto con que cuenta Panamá, y aunque por circunstancias especiales la conferencia no pudo ser bien apreciada, cuando se daba, el trabajo leído después, con tiempo y paciencia, es de un valor incalculable porque él contiene, hábilmente expuestos, todos los esfuerzos materiales a que acudió el genio francés en la guerra para resistir y combatir a sus poderosos adversarios.

El nombre del tema: "La industria francesa durante la guerra," está muy bien puesto, y las diferentes partes de que consta hábilmente desarrollados son éstos:

- I.—"La movilización industrial.
- II.—El armamento.
- III.—Aviación militar.
- IV.—Los motores.
- V.—Los gases.
- VI.—La industria química.

Cada uno de estos capítulos es una descripción circunstanciada de las graves dificultades y múltiples problemas que la industria francesa tuvo que resolver, día tras día, en el campo de batalla para dominar las

apremiantes situaciones que el curso de la guerra le presentaba, y pasma ver cómo en cada caso y en cada circunstancia el éxito más asombroso coronaba todos los esfuerzos.

Es una lástima que la conferencia del General Clement no esté destinada a ver la luz pública por ahora. Gracias a la amabilidad del Coronel Alfaro, nos ha sido posible ojear el original que nos ha servido para esta brevísima nota, la que ojalá nos hubiera sido dado hacer más larga.

### Cuarto Centenario de Panamá la Vieja

El 15 del presente mes de Agosto, celebró el Gobierno de la República, la Municipalidad del Distrito Capital y el pueblo todo de Panamá el cuarto Centenario de la fundación de Panamá la Vieja. No faltaron los números cívicos en el programa de la fiesta, ni las ceremonias religiosas, ni los discursos que son de estilo en las ocasiones solemnes. La prensa capitalina ha recogido deferentemente todos los ecos de la grandiosa celebración y muy poco sería lo que nosotros tuviéramos que agregar ahora.

Reproducimos solamente a título de curiosidad el capítulo titulado: "El Nombre Panamá" de la obra: "Panamá la Vieja" de don Juan B. Sosa, distinguido historiógrafo, que diligente y pacientemente preparó dicha obra para ofrendarla a la ciudad nueva como lazo de unión con un pasado lleno de místicos encantos.

### El nombre Panamá

"El nombre 'Panamá' procede incontestablemente de una de las varias lenguas indígenas del Nuevo Mundo, en lo cual convienen todos los americanistas; empero al fijar el verdadero significado del vocablo, disienten por completo las opiniones, contribuyendo a enmarañarlas más el hecho de que los antiguos pobladores del Istmo no dejaron a la posteridad monumentos, tradición, escritura, ni nada, en fin, que marcara el punto de partida a estas investigaciones.

Los escritores que han hecho de los caribes la raza privilegiada de la empresa y del valor, aseguran que lograron estos indios antillanos plantar—como lo habían hecho ya desde las regiones que fecunda el Orinoco hasta las que bañan hacia el Oriente las aguas del golfo de Urabá—su dominación en el Istmo, imponiendo a la vez costumbres e idioma en varias de sus comarcas, por lo cual deduce el escritor venezolano Don Aristides Rojas, en su obra "Estudios Indígenas,"



que la voz "panamá" es caribe, descomposición del vocablo "paraná" que significa "agua abundante en peces," cuyo radical "para" (agua, mar) acredita las huellas dejadas por aquella raza poderosa en parte de nuestro territorio. Don Ernesto Restrepo Tirado, escritor colombiano de sólida reputación en estudios prehistóricos, concuerda con el anterior en la procedencia caribe de la voz "panamá," pero no en el significado que le da Rojas. "Panamá," dice, es palabra caribe, aun cuando Pinart quiere buscarle interpretación cuna. Tampoco significa esta palabra abundancia de pescado. Los caribes del Istmo llamaban al pescado "gua." Casi todas las palabras terminadas en ima, ina, ama, son de origen caribe: Bononiamá, Tubanamá, Chochamá. Los cunas llamaban al pescado hugua, hoúa, hongua; los cuevas lo denominaban haboga. De aquí el nombre de Taboga en el Pacífico, donde abunda el pescado."

Pinart, que tan prolijos estudios hizo de los dialectos indígenas del Istmo en sus distintas comarcas, apunta en su "Vocabulario Castellano-Cuna" que la voz panamá correspondía al asiento primitivo de la antigua ciudad, donde en la época de la aparición de los europeos iba a gozar de las delicias del mar el cacique de la región, al cual, acostado en una hamaca, lo mecían sus vasallos. "De ahí, dice, lugar de recreo, alpanam mecer en hamaca; alpanama quet, lo mecío, lo estuvo meciedo."

Un literato norte-americano afirma a su turno que el vocablo panamá es caribe, pero que significa 'tierra o lugar de las mariposas.' Otro escritor francés dice, en apoyo de esta aserción, que existe en el Brasil, cerca de la confluencia del río Parou con el Amazonas, un salto de agua que los naturales, descendientes de los antiguos caribes llaman cascada de panamá; y como los indígenas que pueblan esas vastas soledades distinguen con esa palabra a la mariposa, lepidóptero que abunda en las vecindades de dicha cascada, de aquí deduce que este debe ser el origen del nombre de esta referencia, aceptado el hecho de que los caribes, al extender el radio de sus incursiones desde las Antillas hasta las Guayanas, parte del Brasil, costas de Venezuela y Colombia, hubieran llegado a imponer su lenguaje en algunas regiones de la costa que baña el Océano Pacífico en el Istmo de Panamá.

La creencia de que el nombre que nos ocupa perteneció al cacique morador de la comarca cuando en ella hicieron su aparición

los conquistadores la sustentan algunos autores; pero este supuesto puede contradecirse con el testimonio muy estimable del primer Gobernador efectivo del País, Coronel Pedro Arias Dávila, quien en carta de 1516, mucho antes de la fundación de la ciudad, informaba a la Corte: "el cacique que ahora es de Panamá se dice (se llama) Cori. Este e todos sus antepasados son grandes fundidores de oro e maestros en labrarlo e hacen allí muy gentiles piezas; y como todos cuantos caciques hay en su contorno y de lejos de su provincia cuando quieren labrar algunas piezas de oro e facer algunas cosas sutiles van alí, tienen ya por costumbre de gran tiempo decir que el oro que tienen lo traen de Panamá; y así preguntando a cualquier cacique que el oro que tiene de donde lo trae, responde que de Panamá. Toda la fama es de Panamá, aunque cójenlo ellos en sus mismas tierras, porque en Panamá no se coje ningún oro ni lo hay."

Otros autores aseguran a su vez que el nombre panamá es derivado del hecho de haberse fundado la segunda capital de Castilla del Oro en las inmediaciones de un lugar donde crecían grandes árboles que los naturales llamaban panamá. Los ejemplares de este producto de la vegetación exuberante del Istmo los conoce la generalidad: altos, pródigos en ramaje, de hojas lobulares, ásperas y resistentes, encierran en un estuche especial el fruto común de cada año en forma de pepas negras que, tostadas al fuego, son agradables al paladar como una almendra. La corteza del árbol, conocida en el comercio como "corteza de quillaya" o de "panamá," se emplea en los usos domésticos, por sus condiciones saponíficas, para limpiar géneros de lana. Y como la casualidad imprime en ocasiones algo que es como un sello de crédito en las cosas del mundo, ha querido que al pie de la muda y elegante torre que dice al viajero y al curioso: "aquí fue la antigua Panamá," se haya alzado de la tierra a competir en altura con la obra del hombre, un robusto y simpático árbol de "panamá."

Más correcta es la opinión de algunos cronistas de Indias de que el nombre Panamá perteneció al miserable caserío de indios pescadores, asentado en la ribera del Mar del Sur, en sitio sobre el cual se levantó más tarde, próspera y risueña, la ciudad. Según aquellos, panamá significa en lengua cueva, la más hablada, según Andagoya, por los indígenas de este país al comenzar la invasión española, "abundancia en peces o sitio abundante en pescado." Sabido es que las aguas del Golfo de Panamá atraen especial-

mente y durante ciertas épocas del año la cantidad de peces más considerable y selecta del litoral del Pacífico; de manera que esta circunstancia constituye poderoso argumento al supuesto de ser esa la opinión mejor fundada respecto del nombre con que se designó después a todo el país y concuerda con el dicho de Pedrarias Dávila, quien en la carta citada de 1516 a los Reyes Católicos estampa: "Vuestras Altezas sabrán que Panamá es una pesquería en la costa del Mar del Sur e por pescadores dicen los indios panamá." "Panamá" significa, pues, pescador.

El nombre panamá abarcaba ya, no obstante, toda una extensa región del litoral y su importancia debía ser de tal modo considerada en la Corte, que al tenerse noticia en España del descubrimiento de un nuevo mar, como un homenaje de gratitud al conductor feliz de tan extraordinaria empresa y como un acto de desagravio a Vasco Núñez de Balboa por el nombramiento de Pedrarias, le acordó la Corona, por Cédula de 23 de Septiembre de 1514, el título y las prerrogativas de Adelantado del Mar del Sur y el cargo de Gobernador de las Provincias de Coiba y Panamá."

